Poesía vertical

1

Corto los hilos
de la mirada con que te miro
y empiezo a tejer con ellos
la pasión de mirarte
allí donde no estás.

Por eso, algunas veces,
te veo más en tu ausencia que en ti.

2

Ya sólo puedo usar zapatos viejos.
El camino que sigo
me los gasta desde el primer paso.

Pero únicamente los zapatos viejos
no desdeñan al camino
y sólo ellos pueden llegar
hasta donde llega el camino.

Después,
hay que seguir descalzo.

3

Olvidarse de vivir.
Mirar hacia otra parte.
O no mirar hacia ninguna.
Hay un momento de la noche o el día
en que hasta el agua se abstiene
de todos sus reflejos.

Olvidarnos de vivir
tal vez nos permita
olvidarnos de morir.

4

¿Cómo retroceder?
¿Cómo recuperar nuestro paréntesis?
¿Cómo recobrar el silencio de ser uno
y no tantos o ninguno?

Una vida no alcanza:
se necesita otra
para ir hacia atrás.

No es suficiente que la rosa
florezca hacia adelante.

5

La ausencia de dios me fortifica.
Puedo invocar mejor su ausencia
que si invocara su presencia.

El silencio de dios
me deja hablar.
Sin su mudez
yo no hubiese aprendido a decir nada.

Así en cambio
pongo cada palabra
en un punto del silencio de dios,
en un fragmento de su ausencia.

6

Cuando el mundo se afina
como si apenas fuera un filamento,
nuestras manos inhábiles
no pueden aferrarse ya de nada.

No nos han enseñado
el único ejercicio que podría salvarnos:
aprender a sostenernos de una sombra.

7

Las pasiones se pierden,
salvo una quizá:
la pasión por la pérdida.

Y todo lo demás también se pierde:
la rosa, los humores, tu rostro,
la vida, la ventana, la muerte.
También esta palabra se pierde,
su lectura, su ruido.

Sólo queda un recurso:
convertir la pérdida en pasión.

8

Náufragos que renuncian a la playa,
al madero que podría salvarlos,
al truco de mantenerse a flote.

En la trama ceñida de las correspondencias
debe existir un mar que los sostenga,
un mar que merezca esos náufragos.

9

Caer hacia adentro de la propia ceguera.
Ir a buscar la luz
en el vacío que dejó su fuente.

Ver es una extraña ceremonia
que a veces se vuelve del revés.
No ver es sólo otra visión.

Las lámparas apagadas
suelen encenderse nuevamente
de su propio agotamiento.

10

En el piso de arriba
hay un cuarto cerrado,
un cuarto al que nadie puede entrar.

Tal vez estén adentro
los planos de la casa,
los registros,
la señal que buscamos.
O tal vez sólo una cosa:
la llave del hermético cuarto.

Y aunque afrontáramos el riesgo
de demoler la casa
y quedar a la intemperie
o quizá en ninguna parte,
ese cuarto de arriba
continuaría cerrado.

11

Buscar una cosa
es siempre encontrar otra.
Así, para hallar algo,
hay que buscar lo que no es.

Buscar al pájaro para encontrar a la rosa,
buscar al amor para hallar el exilio,
buscar la nada para descubrir un hombre,
ir hacia atrás para ir hacia adelante.

La clave del camino,
más que en sus bifurcaciones,
su sospechoso comienzo
o su dudoso final,
está en el cáustico humor
de su doble sentido.

Siempre se llega,
pero a otra parte.

Todo pasa.
Pero a la inversa.

12

Dibujaba ventanas en todas partes.
En los muros demasiado altos,
en los muros demasiado bajos,
en las paredes obtusas, en los rincones,
en el aire y hasta en los techos.

Dibujaba ventanas como si dibujara pájaros.
En el piso, en las noches,
en las miradas palpablemente sordas,

en los alrededores de la muerte,
en las tumbas, los árboles.

Dibujaba ventanas hasta en las puertas.
Pero nunca dibujó una puerta.
No quería entrar ni salir.
Sabía que no se puede.
Solamente quería ver: ver.

Dibujaba ventanas.
En todas partes.

13

Hay un momento
en que uno se libera de su biografía
y abandona entonces esa sombra agobiante,
esa simulación que es el pasado.

Ya no hay que servir más
la angosta fórmula de uno mismo,
ni seguir ensayando sus conquistas,
ni plañir en las bifurcaciones.

Abandonar la propia biografía
y no reconocer los propios datos,
es aliviar la carga para el viaje.

Y es como colgar en la pared un marco vacío
para que ningún paisaje se agote al fijarse.

14

Callar algunos poemas,
no traducirlos del silencio,
no vestir sus figuras,
no llegar ni siquiera a formarlas:
dejar que se concentren como pájaros inmóviles
en la rama enterrada.

Sólo así brotarán otros poemas.
Sólo así la sangre se abre paso.
Sólo así la visión que nos enciende
se multiplicará como los panes.

Los poemas acallados
nos prueban que el milagro es siempre joven.
Y al final, cuando todo enmudezca,
tal vez esos poemas
hagan surgir también otro poema.

15

Podría quizá olvidar algo que he escrito
y volver a escribirlo de la misma manera.

Podría olvidar la vida que he vivido
y volver a vivirla de la misma manera.

Podría olvidar la muerte que moriré mañana
y volver a morirla de la misma manera.

Pero siempre hay un grano de polvo de la luz
que rompe el engranaje de las repeticiones:
podría olvidar algo que he amado
pero no volver a amarlo de la misma manera.

16

Espacios en blanco.

En el poema,
en la vida,
quizá también en la muerte.

Pesan más que los otros.

¿Pesará más el color blanco
que los otros colores?

¿O los espacios en blanco
tampoco están en blanco?

17

El número uno me consuela de los demás números.
Un ser humano me consuela de los otros seres humanos.
Una vida me consuela de todas las vidas,
posibles e imposibles.

Haber visto una vez la luz
es como si la hubiera visto siempre.
Haber visto una sola vez la luz
me consuela de no volver a verla nunca.

Un amor me consuela de todos los amores
que tuve y que no tuve.
Una mano me consuela de todas las manos
y hasta un perro me consuela de todos los perros.

Pero tengo un temor:
que mañana llegue a consolarme
más el cero que el uno.

18

Un reflejo en la pared me desarma,
como un pájaro fatigado de sus alas
o una flor que descansa de sus pétalos.

Reflejo sobre otra pared,
el hombre también descansa a veces
de los clavos desvelados
de su propio corazón.

Debe haber todavía otra pared
sobre la cual coincidan los reflejos,
una pared que también repose de sí misma.

Todo reflejo es un descanso de la luz.

19

Aprender a descender escalón por escalón
y detenerse en cada uno,
para mirar desde cada uno el horizonte,
no el siguiente escalón.

Sólo así no rodaremos:
cada horizonte nos sostendrá hasta el siguiente.

Y al bajar al último escalón,
aunque ya no necesitemos horizontes,
el último suavizará el descenso,
la bajada de quien prefirió otear los horizontes
antes que vigilar cada paso hacia abajo
por temor a caer.

Sólo las miradas más largas
pueden abarcar lo más próximo.

20

A veces parece
que estamos en el centro de la fiesta.
Sin embargo
en el centro de la fiesta no hay nadie,
en el centro de la fiesta está el vacío.

Pero en el centro del vacío hay otra fiesta.

Roberto Juarroz

Alcalá de Henares